

CAPITULO V

Tarde aciaga

Cuadros lamentables debidos a la intemperancia
de nuestros partidos tradicionales

I

Signos precursores...

No recuerdo si fué el 16 o 17 de febrero de 1868, cuando atravesando el doctor X la Plaza Constitución, desde la esquina Sarandí y Cámaras al Club Inglés, observó la presencia de varios grupos de personas de pie en distintos puntos de la acera del Cabildo y del frente Norte, que ocupaba entonces la tienda de un señor Lozada, y hoy el Hotel Lanata. Observó también, que en la diagonal que mide la distancia indicada, entre la tienda y Club Inglés, departían en voz baja conocidos ciudadanos del Partido Nacional, y entre ellos, algunos jefes de línea del mismo partido que a la sazón figuraban en la lista pasiva; y por último, que en la portada de la derecha, al entrar en el Cabildo por la del centro, el ex Presidente

de la República, don Bernardo P. Berro, con su traje de costumbre, levita y pantalón negro, sombrero alto de felpa, y de pie sobre el umbral, miraba a la derecha e izquierda, alternativamente, con verdadera insistencia.

Al doctor X le llamó la atención y preocupó un poco, la presencia del señor Berro, tan luego en la puerta del Cabildo, así como la de los grupos que ya de pie o sentados, ocupaban diferentes puntos de la plaza, pero ajeno aquél a la política, como siempre lo fué, y con las preocupaciones propias de su profesión, minutos después ya no pensaba en aquello, ni en lo que podía significar.

Una hora más tarde, volvió a atravesar la plaza en dirección a su estudio, sito en la calle de Cámaras entre Sarandí y Buenos Aires, pero tanto el señor Berro como los grupos a que he hecho referencia habían desaparecido. Sin embargo, en la tarde de ese mismo día llegó a sus oídos cierta especie revolucionaria que no dejó de inquietarlo y de explicarle algo de lo que había observado por la mañana.

Hacia apenas dos semanas del acto subversivo de don Fortunato Flores, jefe de un cuerpo de línea, y la situación por esta y otras circunstancias, no podía presentarse más delicada, siendo general el descontento entre los hombres más espectables de ambos partidos tradicionales.

Se hablaba con insistencia de revolución, de destierros y hasta de fusilamientos, con otras lindezas por el estilo, pero llegó a conversarse tanto de todo

eso, que dos días después, nadie daba ya crédito a las espeluznantes noticias, cuyo origen se atribuía a improvisaciones de los diarios de oposición y clubs políticos y no a verdaderas causas de perturbación y atentado.

Las cosas, pues, siguieron sin novedad ese día, y el siguiente, bien que los rumores de revolución no dejaron de circular por todas partes, y con especialidad, en Campaña, desde donde sus habitantes, justamente alarmados, pedían noticias con marcada impaciencia.

- II -

Se confirman los rumores

Eran las 9 de la mañana del día 19, cuando el joven don Félix Calzada, estudiante de Derecho, se presentó en el estudio del doctor X para pedirle, que habiendo sido nombrado éste con los doctores Carlos de Castro, Cristóbal Salvañach, Plácido Ellauri y Manuel Garzón para componer la mesa en el examen general que debía rendir ese día a la 1 1/2 de la tarde, le rogaba no dejase de concurrir, pues abrigaba el temor, por los rumores corrientes, que el acto pudiera aplazarse por falta de número en la Mesa. El doctor X le dió tales seguridades de que no faltaría, que el joven examinando se retiró contentísimo de la entrevista.

Antes de la 1 1/2 llegó el doctor X a la Universidad, encontrándose allí con los doctores Garzón y Salvañach, y con la noticia, de que el doctor

Castro acababa de avisar que no concurría al acto, mientras que, por el contrario, el doctor Ellauri comunicaba que haría acto de presencia.

Efectivamente, no tardó en llegar y minutos después se dió principio al examen, terminando éste poco antes de las 3 de la tarde.

Los señores Garzón y Ellauri salieron de la Universidad sin retardo, pero el doctor X y el doctor Salvañach se demoraron con el Secretario doctor Berinduague, consultando una ley del Código de las Partidas que se había citado y comentado durante el examen, y esto retardó su partida hasta las 3 1/4, más o menos, hora a la que tomaron la calle Sarandí hacia el centro, quedando el doctor Salvañach en su casa-habitación de esta calle y continuando el doctor X hasta la suya. Para esto, una cuadra antes y casi a la puerta de la que hoy pertenece a la familia del finado don Mauricio Llamas, habían oído cierta especie entre dos individuos de mal talante y de gesto airado, que mucho les llamó la atención y obligó a acelerar el paso y a observar sus respectivos relojes.

El doctor X ninguna otra novedad encontró hasta llegar a la plaza Constitución. Recordó, que tenía dos nombramientos de oficio en el Juzgado de lo Civil ubicado en ella, y con este motivo, se dirigió a él, retirándose después de un cuarto de hora y de oír al Escribano-Actuario don Gervasio Muñoz, quien le dijo al oído: "Váyase para su casa, que yo voy a hacer lo mismo".

El doctor X se despidió, y al pasar por la acera de la plaza, frente al Cabildo, varios diputados se encontraban en el balcón del centro, sin duda durante un cuarto intermedio, y entre ellos, don Constantino Lavalleja, a quien el doctor X saludó, entrando un minuto después en su Estudio.

III

Movimiento subversivo en las calles

Varias personas le esperaban en él con marcada impaciencia, entre ellos don Joaquín de Faría, don Martín Aguirre, padre del abogado y notable parlamentarista del mismo nombre, don Mauricio Blanes y un pariente del doctor X.

Este último ocupó su asiento de costumbre, para concluir un escrito casi terminado al salir para la Universidad, cuando un rumor sospechoso, con el cual estaban todos familiarizados, desde el motín o cosa parecida de los primeros días de ese mes, se hizo sentir a la par de golpes bruscos de puertas que se cerraban con estrépito, pasos precipitados en las aceras inmediatas y ruidos de carruajes y carros arrastrados a mayor carrera que de costumbre; todo esto hizo pensar en un nuevo movimiento subversivo, bien que, sin saber a quién atribuirlo.

Salir al patio el doctor X y dirigirse a la puerta de calle, todo fué obra de segundos, y lo mismo la dispersión de los concurrentes, buscando cada uno un refugio, pues se dejaron ver hombres emponcha-

dos y armados de trabucos y puñales en dirección a la plaza.

Solo el doctor X con su pariente, cerró la puerta de su Estudio, y ya en la calle, tropezando a cada paso con gente de aspecto sospechoso, pero que por el momento no agredía a nadie, sino que trataba de ganar camino en dirección a la plaza, según se ha dicho antes, tomaron la calle Cámaras hacia el Sur, la de Brecha en seguida, para refugiarse en el domicilio de un amigo ausente.

Después de algunos momentos de reflexión comprendieron que lo más práctico era dirigirse cada uno a su casa, y uniendo los hechos a las palabras, siguieron por la calle de Brecha hasta llegar a la de Reconquista, doblando después a la izquierda para tomar cada uno por su lado.

IV

Don Bernardo P. Berro

Eran alrededor de las 4 1/2 de la tarde cuando llegaban a la esquina que forman la expresada calle Reconquista y la de Cámaras.

Allí se detuvieron un momento para orientarse y pensar en la dirección que les convenía seguir, y excousado es que diga, que lo primero que se les ocurrió fué dirigir la vista a la Plaza Constitución, pudiendo notar entonces, que en el balcón del Cabildo que da sobre aquella, un grupo de diputados corría de un extremo a otro de él, accionando con agitación, y que por las bocacalles de la plaza y

de la de Buenos Aires y Cámaras, se veía cruzar individuos a la carrera, pero en poco número y en opuestas direcciones.

Al doctor X se le ocurrió hacer escala en la casa-habitación del doctor don Joaquín Requena, en la citada calle de Cámaras, entre Reconquista y Yermal, pero antes él y su acompañante, miraron una vez más para la plaza.

Inmensa e inesperada sorpresa fué la que les produjo la presencia del ex Presidente Berro, quien a la altura de diez metros de la calle Buenos Aires y en dirección a la de Cámaras, hacia el Sur, descendía por el centro de esta última calle, y no por ninguna de las aceras.

Vestía como de costumbre, levita y pantalón negro y sombrero alto de felpa; caminaba a paso regular y tranquilo, en una palabra, a su paso habitual, y dando vuelta la cabeza con frecuencia para mirar a la plaza.

El doctor X apresuró la marcha y con su acompañante llegó a lo del doctor Requena, a quien notició de la aproximación del doctor Berro.

Momentos después de cerrada la puerta de calle pudieron sentirse en la acera del Oeste, a que daba esa puerta, los pasos firmes y acompasados de aquel respetable ciudadano, que en su comprometida situación parecía buscar como refugio las costas del Sur.

V

Sucesos de la Policía y calle del Rincón

A los diez minutos, el doctor X y su pariente se retiraron a sus respectivos domicilios, y dos horas más tarde, llegaron a saber los sangrientos sucesos del Cabildo, a propósito de la persona del señor Berro, detenido en la calle de Camaeuá por el comandante Lazota, y conducido al Departamento, en donde fué ultimado, como lo fué el ex Comisario Barbot.

Del mismo modo, supieron que había sido asesinado, alevosamente, el general Flores, en la calle Rincón, por un grupo de individuos disfrazados, y muerto el coronel Zenén Freire.

Parece que éste había tratado de sorprender al de igual grado, coronel Eduardo Olave, jefe del cuerpo de línea que se alojaba en el Cuartel de Dragones, para colocarse a su cabeza y dirigirse con él al Fuerte.

A pesar de este propósito, Freire tuvo escrúpulos de matar a Olave, a quien sorprendió acostado en un catre, pero Olave fué más práctico y menos escrupuloso, y en uso perfecto de su derecho de defensa le atravesó el pecho con su espada, que por precaución, conservaba día y noche a la mano, es decir, al lado de la cabecera de su cama.

Hace algunos años eran muy fáciles esas combinaciones para apoderarse de la fuerza pública, y cambiar la situación política del país. Así habría

ocurrido en este caso, del mismo modo que ocurrió cuando fué derrocado el doctor Ellauri, y como casi ocurrió con el señor Cuestas, si no les hubiese temblado el pulso a los actores de tan arriesgada empresa.

Pero, desde que las cuatro o cinco unidades que por muchos años formaban la totalidad de la guarnición de la Capital, se multiplicaron notablemente, hay que renunciar a empresas semejantes, y así lo comprendió el señor Batlle, gobernante del año 1903.

Acababa ese año de firmarse la paz con intervención del doctor Ramírez, y se repicaba recio en todos los templos de la Capital por tan grato acontecimiento, cuando el doctor X, acompañado de dos de sus colegas, miembros como él del Poder Judicial, se presentó en la casa del referido gobernante, con el objeto de felicitarle, como lo hizo después con el doctor Ramírez por su noble actuación.

Al nuevo Presidente de la República, después de su recepción, ni tiempo se le dió para saborear su nombramiento y su triunfo sobre los que combatieron su candidatura, y mucho menos, para instalarse convenientemente con su familia.

Ocupaba, como es notorio, una modesta casa baja de la calle del Cerro, y allí recibió a sus visitantes, disculpándose con que por el momento ni sillas tenía que ofrecerles...

Uno de los tres magistrados le expresó, entre otras cosas, la conveniencia de conservar la paz a costa de cualquier sacrificio.

El Presidente contestó en estos precisos términos: "Nadie más que yo puede desear la paz, pero... es necesario que tengan entendido, que el Gobierno se preocupa desde ya (1) de reforzar el ejército de la Capital... y el de Campaña, para que estas cosas no se repitan en lo sucesivo."

Y el Presidente, que poco tiempo después empezó por enviar nuevos escuadrones de caballería al Departamento de Rivera, dando ello origen, fundado o no, a los acontecimientos de Tupambaé y Masoller, continuó durante su primera administración, aumentando las unidades del ejército, consecuente con su propósito de 1903.

VI

El cólera morbus

Resumando mi relación interrumpida sobre los acontecimientos del 19 de febrero, diré: que otra porción de actos deplorables y sangrientos siguieron a los relatados, tanto en los suburbios de esta ciudad como en campaña, y en los que muchos inocentes pagaron con la vida los errores e indiscreciones de terceros.

Al fin, aquella tarde aciaga se extinguió con las sombras de la noche, ocultando a la vista tantos horrores, y no parece sino que, como ironía del destino o cruel y fatal complemento, hizo también

(1) Y en ese momento se repicaba y tiraban cohetes por la paz.

muchas víctimas en el Cabildo y fuera de él, el terrible flagelo del cólera morbus.

Atribuyéndose en los primeros días, no a este terrible azote la muerte de Romualdo Gard, Máximo Gurméndez y Juan Santiago García, sino al envenenamiento de las aguas del aljibe del Cabildo, no tardó en avanzar la epidemia a lejanas zonas del Departamento de la Capital y de Campaña, poniendo de relieve la verdadera causa de los últimos desastres!...

Esto ocurría, como es sabido, el 19 de febrero y días siguientes, de 1868, y entretanto, en estos últimos y a la altura que ocupa hoy la fuente de la Plaza Independencia, se colocaban los rieles del primer tranvía a sangre que debía inaugurarse en este país, poniéndonos en comunicación directa con la Villa de la Unión.

CAPITULO VI

Fuegos fatuos

Un vano enciclopédico no vale más que lo que puede valer un especialista, de cuyas prendas aquél se sirve para cubrir su desnudez.

I

¿Quién era Barbarito Tremoleras?

Barbarito Tremoleras era un muchacho de los alrededores del antiguo mercado en que se había convertido la no menos antigua Ciudadela, reliquia del tiempo del coloniaje, como el Cabildo, la Matriz, Fuerte de San José y Fortaleza de Santa Teresa, sobre la línea divisoria con el Brasil.

Contaba con unos 16 años, distinguiéndose por lo inteligente y simpático, y él mismo afirma hoy, ya hombre, que era hasta bonito, pero lo que no afirma al presente, ni afirmó antes, es que fuese medido en sus actos, constante en sus convicciones de cada momento y mucho menos en la gratitud que debía y debe todavía a los que guiaron sus primeros pasos en la vida.

He dicho, que entre otras condiciones, se distinguía por su inteligencia, aunque debí agregar también que podía hacer y hacía ostentación legítima de una privilegiada memoria, que mucho le sirvió años después en el ejercicio de sus tareas profesionales y en todas aquellas oportunidades propicias que se le ofrecían para dar pruebas de gran erudición, bien que, más prematuras y aparentes, que oportunas y reales.

II

Evolucionando

Voy a seguir ahora con el lector la senda que, caigo aquí levanto allá, recorrió aquel adolescente antes de elegir carrera definitiva, por más que esa primera época de su actuación, es la que explica con mayor exactitud sus tendencias naturales y las condiciones que al presente caracterizan su personalidad.

Los vecinos más conocidos del comercio al menudeo en todos los ramos, alrededor e inmediaciones de la localidad, eran sus amigos, y con razón, porque diariamente los visitaba con uno u otro pretexto.

Don Julio Lenoble, farmacéutico acreditado y catedrático de Química en la Universidad, tenía su botica en el local que ocupa hoy en la calle Sarandí la casa de negocio N.º 689; así como un almacén de comestibles, don Lázaro Sívori con su

mujer y sus hijos Luis y María, ocupando para ello la esquina Sudeste, en donde está ubicada hoy la sastrería de los hermanos Blengio Rocca; en el extremo Oeste de la misma cuadra, existía otra sastrería conocida por la de los "Cien mil Paletós", de Chauvin y Demarie. Un tal Antola tenía su tienda de cachivaches, en donde hoy está otra casa de negocio, N.º 664, siguiendo después dos pobres tandejones de remoto origen, en los cuales se vendían el pan de leche, rosquetes y *napoleones*, a los que había tantos aficionados, y entre ellos, el propio Presidente del Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo durante el sitio puesto a esta plaza el año 1843.

El joven Tremoleras tenía vinculaciones más o menos estrechas con estos establecimientos de negocio, y de todos ellos sacaba sus ventajas. Profesaba idea elevada de los principios socialistas que proclaman la comunidad de intereses, no porque conociese teoría alguna que los proclamase, sino por simple intuición o *palpito*, complementada por sus naturales inclinaciones y tendencias a gozar y utilizar lo ajeno en provecho propio. Lo que hacía, como gracia, le daba un resultado tan práctico como provechoso, y cada día rendía más decidido culto a aquella manera de pensar y de vivir cuya realidad podía traducirse en economía de pesos de a diez reales cada uno.

Ya fuesen los caramelos de goma y de altea de don Julio, ya las nueces, avellanas, almendras y pasas de higo y de uva de don Lázaro; una cor-

lata o bonete de la sastrería; los cubiletes, muñecos y otras baratijas de Antola, y los bollos, panes de leche, polvorones y napoleones del local contiguo a la joyería de Zerbino, todo, todo esto tenía suma importancia para nuestro joven Tremoleras.

Así practicaba el principio de la comunión de intereses, que había presentido, y sobre esta base ampliada con el andar del tiempo, llegó—ya hombre, aunque joven todavía—a concurrir diariamente a las casas de sus amigos, que pasando de 30, le ofrecían durante el mes la oportunidad de comer variado cada día con uno de ellos y, a la vez, reducir a la mitad su presupuesto mensual de restaurant.

El hombre empezó a hacerse práctico desde los 16 a los 22 abrilés, y tanto, que no tardó en aperibirse de que había empezado a estirarse y blanquear de rostro, y a echar carnes, que buena falta le hacían cuando se quejaba de los nervios, siendo así, que todo provenía de constantes insomnios originados por las dificultades con que tropezaba para equilibrar su presupuesto de gastos, que no por pequeño era menos exigente.

III

¿Querías ser farmacéutico?

Siguiendo sus inclinaciones, Barbarito tuvo figuración, aunque humilde, en todos los gremios y negocios: fué dependiente de registro, de almacén naval y de comestibles; de sastrería durante los

dos primeros años de peregrinación, y aunque también echó su cuarto a espadas en la Escribanía de Aduana, no logró arraigar en ninguna de aquellas posiciones, y al fin se encontró en medio de la calle, sin ocupación, arte ni beneficio que le produjese lo necesario.

Entretanto, ya había cumplido los 18 años, y hablando cierto día de su situación con don Julio Lenoble, éste le preguntó de improviso:

—¿Estás o no convencido, ahora, de lo fundado de los consejos que siempre te dí?

—Sí, señor, que lo estoy, — contestó con aire de convicción.

—Y bien, a propósito de esos consejos, que parece no has olvidado, aunque no los hayas seguido, — continuó don Julio, — dime con franqueza lo que quieres ser...

—Quiero ser todo, — contestó el interrogado con brevedad y la risa en los labios.

—Vamos, no seas tarambana y contesta con mayor precisión a lo que te pregunto... — y como el muchacho demorase un tanto su respuesta, el señor Lenoble agregó:—¿no te gustaría hacerte...?

—¿Qué cosa?... ¿farmacéutico?... Pues, ya lo creo, y si le sirvo, desde ya puede usted contar conmigo.

Y el joven Tremoleras, desde ese día quedó al servicio de la farmacia de la calle Sarandí, a que me he referido al principio de este capítulo.

Y después de manipular en los mostradores de dos almacenes, vendiendo comestibles y telas, pe-

sando hierros y herramientas, midiendo y trasegando líquidos y clasificando vinos generosos y licores exquisitos, hétenos aquí al joven Barlarito, al frente de una botica, ocupado durante el primer tiempo en manejar el almirez, las jeringas y la espátula y todos los demás útiles necesarios para la preparación de los unguentos, emplastos, pastas, brevajes y tantas otras pócimas que, unos por necesidad y otras por novelería, nos ingerimos en el estómago diariamente.

El acreditado farmacéutico no le confiaba, como debe suponerse, sino operaciones de esta clase, y a su vista, de las cuales no podía resultar perjuicio mayor para ningún cliente, aún cuando para él pudieran resultar muchos de las volcadas, trabucamientos y retardos en que con frecuencia incurría el flamante amanuense, pues otra cosa no era ni podía ser por el momento.

Entretanto, no pasó mucho tiempo sin que Barbarito se considerase un farmacéutico consumado: hablaba pestes de su maestro y protector, asegurando a sus propios clientes, que aquél no había inventado la pólvora, y que sólo era comparable con un boticario de aldea; que gracias a la Farmacopea que consultaba para las recetas más sencillas, es que no había mandado al otro mando a muchos de los que se servían en la casa; que en todos los casos difíciles, y sobre todo, cuando había que hacer uso de medicamentos peligrosos, era él la única garantía que tenían los enfermos, habiendo evitado más de una vez, que su patrón se hubiese

ido de bruces, concluyendo por parar en la cárcel arrastrando con él a todos los empleados de la botica.

Estas y otras muchas cosas decía el gran charlatán, y para eso, quien preparaba las recetas que éste llamaba difíciles y aún las fáciles, no era otro que el señor Lenoble o su inmediato empleado o secretario señor Bengoa, quienes en ningún caso se fiaron del pisaverde para confiarle la preparación de ninguna receta.

Su misión estaba reducida a lo que he dicho anteriormente, a despachar lino en grano y molido, apio cimarrón, flores cordiales y de saúco, manzanilla, pudiendo llegar al despacho del unguento basilicón, cerato simple, aceite de almendras y de ricino, pues ni la misma jalapa, ni otro drástico, ni siquiera laxante, a no ser de los embotellados, se le permitía expender sin previa anuencia y fiscalización de su patrón o de su inmediato.

Sin embargo, el petulante, que presentaba como un zote a su superior criticando la preparación de sus recetas, no tenía empacho en apropiárselas, como lo he expresado anteriormente, haciendo las del grajo con las plumas del pavo real.

IV

Teorías de coparticipación

Me parece que basta lo que dejo expresado, para poner de relieve a nuestro protagonista, demostrando al mismo tiempo, cuán arraigada tenía

la idea de disfrutar en común de los títulos, y sobre todo, de los bienes ajenos, sin embargo de no aportar ningunos, en mucha ni en poca parte, en esta logrera y singular *medianería*.

Por supuesto, que los que conocían al pretensioso muchacho que no desperdiciaba oportunidad de recitar trozos enteros de los *géneros y pretéritos* en latín para mejor exhibirse, como de los *metaloides y metales* conocidos; *reacciones químicas*, fenómenos de la *electricidad* y del *calórico*, *falanges microbianas* y enumeración de las enfermedades y demás calamidades que azotan a la especie humana,—los que le conocían, decía, y conocían a la vez al señor Lenoble y su actuación como farmacéutico y profesor, sabían muy bien a qué atenerse respecto a las censuras ridículas del oficioso *detraCTOR*, y a la vez usurpador de los méritos y trabajos ajenos, llevando su impudencia hasta engalanarse con ellos.

Sin embargo, Barbarito, que había ingresado a la Universidad hacía cuatro años, cursaba el quinto de preparatorios, que esperaba terminar seis meses más tarde para empezar en seguida sus estudios superiores y terminar la carrera elegida de acuerdo con su protector.

Había cumplido ya los 19 años, y como observase el retraimiento de sus superiores, no dándole amplia intervención en los trabajos de la farmacia, interpuso reclamación por ello, así como por los reiterados aplazamientos que se opusieron a sus impacencias, cada vez que protestaba contra la

equivoca situación que se le venía creando, no obstante abrigar el íntimo convencimiento de hallarse en condiciones de preparación y ser tan hábil como cualquiera de los jóvenes que se encontraban en otros establecimientos del mismo género, para desempeñar las funciones anexas al puesto que él ocupaba.

El señor Lenoble reflexionó, y como no se trataba ya del joven de 16 años que había entrado a hacer práctica,—pues he dicho anteriormente que había cumplido 19,—y que los estudios preparatorios para graduarse de bachiller en Ciencias Naturales, estaban próximos a terminar con éxito muy aceptable; todo esto le decidió a mejorar la situación de Barbarito, ampliando sus cometidos, pero reservándose no perderlo de vista hasta ver claro.

La satisfacción del beneficiado fué inmensa, cuando se le notificó la resolución adoptada a su respecto, con el agregado, a guisa de epílogo, de que su sueldo de treinta pesos, quedaba elevado a cuarenta y cinco desde esa fecha. Acató las recomendaciones que se le hicieron en sentido de observar la mayor prudencia en el desempeño de sus nuevos cometidos, y de este modo, los tres personajes de la farmacia quedaron contentos y en la más perfecta armonía.

V

Se sigue teorizando

La conducta del joven fué tan arreglada durante los dos años subsiguientes, que tanto el señor Lenoble como el dependiente principal, quedaron chiquitos.

Les costaba creer en semejante transformación, pero ante la evidencia, no tuvieron más remedio que inclinarse, y las acciones del impertérrito Barbarito, continuaron en suba desde ese día.

Sin embargo, la transformación no llegó a hacerle abdicar de sus teorías sobre la comunidad de bienes; pues siempre aprovechaba las oportunidades que se le ofrecían para murmurar de su patrón atribuyéndose la paternidad de sus recetas en casos graves, y más que de sus recetas, del texto de Química que aquel profesor publicó en 1854, y que sirvió de texto universitario por muchos años, en sustitución del que había regido hasta entonces.

Esto, al fin, llegó a conocimiento del dependiente principal, señor Bengoa... que le afeó su conducta, previniéndole, que en caso de reincidencia, iniciaría a su superior en lo que pasaba para que pusiese las cosas en su lugar, lo mismo que a sus teorías socialistas.

El joven, avergonzado y corrido, negó a pies juntillas el cargo formulado, haciendo para ello toda clase de protestas, y pidiéndole al señor Bengoa que diese vuelta a la hoja, pues todo no pasaba de

un chisme vulgar, con el que trataba de perjudicarle algún enemigo oculto.

—Y en cuanto a sus ideas socialistas, ¿qué dice usted?

—A la verdad, que no sé qué mal hago yo con propalar mis ideas sobre la materia socialista, porque ¡soy yo solo, acaso, el que las profesa?

—En efecto, — observó el señor Bengoa, — usted no hace mal con su propaganda, pero lo hace particularizándose con su jefe y protector, a quien despoja usted de lo suyo como cosa mala, para atribuírselo después como bueno, en el falso concepto, se entiende, de ser suyo, sin serlo.

—Pero, señor Bengoa; ya le he dicho que eso es inexacto respecto al señor Lenoble, y en el caso, no importaría sino un pecado venial, que no merece acusación ni castigo. Sobre todo, y concretándose a mi teoría en general, que es lo único que en justicia podría usted imputarme, tengo muchos ejemplos que la confirman y que han venido a arraigarla más y más en mi manera de sentir. ¿Quiere usted conocerlos?....

El interpelado guardó silencio por un momento y después contestó:

—No tengo inconveniente y oíré a usted con mucho gusto.

—Pues, en tal caso, tome apunte para su cartera de lo que voy a decirle.

—Oigo a usted...

—Me iniciaba yo en estas ideas, que el señor Lenoble y usted también han calificado muchas

veces de extraviadas, bien que, sin conocer las buenas razones en que las fundo, cuando un día, atravesando la Plaza Independencia, se ofreció a mi vista un mocetón fornido, de traje galoneado y sombrero triangular, media blanca y zapatos de hebilla, que conducía un pequeño carruaje pintado de color granate, relumbroso por el barniz, por el dorado que decoraba su exterior y por el rico tapiz de su asiento: el conductor saludaba amablemente a derecha e izquierda.

Mucho me llamó la atención, como a tantos otros transeuntes, este raro y lujoso vehículo, y con especialidad, su no menos raro y bien apuesto conductor.

—¿Quién diablo podría ser? — exclamó el señor Bengoa.

—Eso dije yo para mis adentros, y apresuré el paso en seguimiento del grupo de personas que había rodeado a aquel individuo y su coche.

VI

Un "Dulcamara" moderno

Poco había andado, cuando apareció un nuevo personaje, como de sesenta años, de gran levitón con vueltas de tela azul, grandes cuellos blancos, sombrero negro de felpa, de copa alta, con faja galoneada y una escarapela a la izquierda. Su mirada penetrante, su pera y mostachos retorcidos, le daban un aspecto mefistofélico, que después resultó adaptado al papel que debía desempeñar.

Este individuo cambió unas pocas palabras con el conductor del vehículo que acababa de detenerse a cuatro pasos de la senda central de la plaza; de un salto se trepó al carricoche de que he hablado, y tomando la palabra, cual un nuevo Dulcamara, manifestó en idioma francés, que acababa de llegar de París, del mismo modo que veinte años más tarde había de llegar "Pirulí", para *quitar los catarros y malar la lombriz*, a propósito de los ricos caramelos que vendía por las calles de Montevideo...

—De manera, —interrumpió Bengoa, impulsado por impaciente curiosidad, — que según usted, el individuo dijo que acababa de llegar de París...

—Con el objeto, — continuó Tremoleras, — de ejercer la humanitaria profesión de extraer las muelas, colmillos y dientes sin dolor, y vender a módico precio un específico famoso para aliviar los sufrimientos de aquellos que no se decidiesen a trepar al coche y ponerse en sus manos. Muchos fueron los que se decidieron a comprar el específico y no pocos a sacarse las muelas, colmillos y dientes picados, en previsión de no sufrir dolores en lo sucesivo, es decir, que echaban mano de un sistema preventivo, que en muchos casos, resulta ser el mejor. Saltaban entonces al coche, tomaban asiento, y el francés, después de hacer en alta voz su *reclame*, metía la llave de acero en la boca del paciente, daba una vuelta, obligando a éste a levantar una pierna y a veces las dos, casi hasta las barbas del popular dentista, que con media vuelta más de la llave y un pataleo en el aire del pro-

tagonista, sacaba y mostraba al público la muela entera o una parte de ella, y alguna vez una pequeña contribución del maxilar superior o inferior, con un jirón de encía en carne viva, agregada a guisa de epílogo elocuente, a la muela, diente o colmillo averiado.

—¡Vaya un cuadro!—exclamó de nuevo el señor Bengoa, — pero, además, se me ocurre que este dentista, no era sino un charlatán...

—En efecto, un charlatán que no tenía más título, se supo después, que el de haber sido sirviente aprovechado de uno de los tantos dentistas de París... cuyas funciones imitaba...

—Pero esto no es sino una censurable usurpación... — murmuró el dependiente principal.

—Niego que esto sea una usurpación...

—Pues, ¿qué otra cosa es?

—Sencillamente, una *coparticipación* de habilidad; hoy por mí, y mañana por ti, como fácilmente puede usted observarlo, y si el ejemplo del francés sacamuelas, no es bastante, no me será difícil ofrecerle otros... pero, a todo esto, ¿cree usted raros los fenómenos que ocurren, según mi doctrina?...

—¡Qué sé yo! — murmuró Bengoa.

—Pues, lo que sucede, es que, entre dos que se quieren bien, con uno solo que coma, basta... según lo dice el conocido refrán español.

—Exactamente — agregó Bengoa, — exactamente lo que sucede entre buenos amigos, cuando siendo dos, no tienen disponible sino un solo cigarro: uno fuma y el otro escupe, y va de refranes.

—Exacto, — exclamó el joven Tremoleras, — y ya ve cómo usted mismo empieza a posesionarse de mis teorías, como lo prueba el ejemplo que acaba de poner.

—Pero, es graciosa su teoría de *coparticipación*, — observó Bengoa — todavía... si la cosa resultase recíproca...

—¿Cómo, si resultase recíproca? Lo es siempre, eternamente... Todos los días y a cada instante hacemos causa común con nuestro prójimo, y muchas veces, sin apercibirnos de ello. ¿Qué otra cosa es lo que aprovechamos de una doctrina que otro ha concebido y desarrollado de palabra o por escrito?, ¿el caudal de conocimientos que adquirimos con el trabajo y ejemplo ajeno, lo debemos, acaso, a nuestro solo esfuerzo?

—De seguro que no, — contestó Bengoa maquinalmente.

—Pues entonces, tiene usted que convenir conmigo en el extremo a que llego, pues no podrá usted negar que en estos últimos ejemplos se trata también de verdaderas *coparticipaciones*.

—Pero... usted sofisma... y si me permite...

—¡Ah! ¿Le queda a usted duda?... ¿Sí?... pues ya verá usted cómo no va a tardar en llegar al más íntimo convencimiento; oiga, oiga usted un momento y decida después lo que le parezca.

Bengoa, en actitud de argüir a estas últimas palabras, guardó silencio a la espera de la demostración ofrecida, y Barbarito continuó con marcada animación.

VII

Ejemplos prácticos

Tuve un amigo llamado Garzón, que a su vez lo era del poeta argentino Carlos Guido Spano, que acaba de fallecer en Buenos Aires a edad avanzada.

A Garzón le encantaba cuanto provenía de Guido, y no pudiendo imitarlo en todo lo que le distinguía, que ese había sido su ideal, trató de imitarlo en el andar.

Parece que veo al poeta: pequeña talla, tez blanca y fina, negra y poblada cabellera, barba entera, hermosos ojos, mirada penetrante. Su andar era airoso y acelerado; usaba constantemente pantalón negro y levita cruzada, del mismo color, y obligado chambergo a lo general Mitre. Recorría las calles de Montevideo, siempre con un libro o periódico bajo del brazo, y el cuerpo inclinado a la derecha, formando así una silueta, que era la que constituía su distinguida personalidad en la vía pública.

Con buena vista, a la distancia todos le conocíamos, y lo que es Garzón, lo *presentía*, lo adivinaba, aunque no lo *viere*, tal era el homenaje que rendía al andar y al indumento invariable del poeta.

Garzón, sin apercibirse tal vez, empezó a torcerse e inclinarse a la derecha de tal modo, que se pasó de la raya, hasta faltarle poco para tocar con la mano los umbrales de las puertas de calle; adoptó, ante todo, el traje habitual y el chambergo de

Guido y hasta imitó su paso acelerado y mirada ya firme, ya cariñosa.

Al poco tiempo Garzón no era ya Garzón, era Guido, y él mismo llegó a desconocerse, considerándose identificado con aquél en una misma persona. ¡Poder de la fantasía y de la sugestiva *coparticipación*, de que estoy hablando a usted!...

—Pero... ¿qué prueba usted con esto?...

—Permita... perdone, señor Bengoa, que propiamente no he terminado todavía... y una vez por todas, quiero evidenciar la exactitud de mis teorías, de las cuales, sea dicho de paso, no soy yo solo el que participo.

Bengoa se inclinó sonriente y el joven Tremoleras, dominado por ligera excitación, reanudó su peroración en estos términos:

VIII

¿Todavía duda Vd.?

—En el día a que voy a referirme, tenía lugar un paseo de prueba, a propósito de la próxima inauguración del Ferrocarril Central del Uruguay, no recuerdo si hasta Colón o hasta sus inmediaciones. La concurrencia era numerosa, no obstante que las personas que debían ocupar los carruajes destinados a la travesía, habían sido invitadas por tarjeta, y sólo ellas debían formar la comitiva. Un pariente mío y yo, habíamos sido invitados y pudimos ocupar dos buenos asientos en un pequeño departamento de primera, que sólo se componía

de seis poltronas tapizadas en paño azul obscuro, tres en cada testero y a distancia una fila de otra, poco más de medio metro.

Mi pariente, don Lucas Requena y yo, ocupábamos una de las filas de asientos, y un señor Corominas, negociante de la calle Buenos Aires, su señora y una hija, la fila del frente, viniendo a quedar Corominas haciendo *bis a bis* a mi pariente, la señora a mí y la joven a Requena.

Todos estábamos en traje de paseo, y recuerdo que mi expresado pariente lucía un chaleco blanco.

El señor Corominas era hombre jovial, armado de una hermosa dentadura, que con su habitual hilaridad mostraba y lucía a toda hora, sin notarse más defecto en aquélla, que los dos dientes centrales del maxilar superior. Estos se exhibían un tanto salientes por haberse desviado de la línea circular de los demás... para formar dos espolones avanzados y peligrosos, ¿ha comprendido usted a dónde voy?

—Lo que yo he comprendido — observó Bengoa, — es lo que acaba usted de decir, así como suena, pero en cuanto a dónde va, sólo usted puede saberlo, porque lo que es yo, cada vez entiendo menos a dónde va usted, ni de dónde viene.

—Pues bien, — dijo Tremoleras, — yo se lo explicaré. Decía, que Corominas tenía buenos dientes y que mi pariente vestía un chaleco blanco, reluciente, como había dicho antes, que estas dos personas, se encontraban colocadas una frente de la otra y a menos distancia de un metro.

Pues bien: a las 10 a. m. en punto, el tren, arras-

trado por la locomotora "General Flores", que fué la primera que rodó en este país,—como "La Porteña" en Buenos Aires, — cubierta de banderas y ramas verdes, de cuyo arreglo se había encargado el señor Margat, partió de la calle Río Negro, entre Orillas del Plata y Miguelete, en medio de cohetes y aclamaciones de la gran concurrencia que ocupaba las inmediaciones.

Ya puede formarse usted idea de la satisfacción que nos embargaba en aquellos momentos y en los que siguieron, hasta nuestra aproximación a Colón. En nuestro pequeño departamento, los seis hablábamos a la vez y todo era expansiones y alegría, cuando de repente se oyeron voces alarmantes inmediatas al tren, con los efectos de una parada y retroceso brusco del mismo, y tanto, que la señora de Corominas, su hija y el mismo señor Corominas, como movidos por un resorte, se incorporaron de pronto y con violencia nos envistieron en el orden de su colocación y de la nuestra. El rostro sonrosado de la señorita chocó con la ruda barba de Requena, la parte avanzada y de firme empuje de la señora, conmigo, y el señor Corominas con mi pariente, hundiéndole los dos dientes delanteros una media pulgada más arriba de la ceja de su ojo izquierdo, brotando de la herida sangre abundante, que vino a pringarnos a todos.

—¿Y bien?... — exclamó riendo el señor Bengoa...

—¿Y bien?... ¿quiere usted, hasta este último detalle, un caso más típico de *coparticipación*?

Bengoa se limitó a reír... y Tremoleras también rió.

—¿Acaso tiene algún otro caso a la mano? ... preguntó el señor Bengoa.

—A ello voy...

IX

Más ejemplos

—Mire usted, mi estimado señor Bengoa; hace años conocí a un tal L. H., domiciliado con sus padres y hermanos en la calle 25 de Agosto. Tenía el mismo cuerpo que su padre calzando igual número en las medidas del cuerpo y en las correspondientes a la cabeza y pies, de lo que, sin esfuerzo, se deduce que un traje de saco o levita, un sombrero y par de botas del padre le venían al digno hijo, como anillo de medida al dedo. Pues bien: si presumido era el hijo, gozando de su juventud, presumido era su padre, recordando la suya, pues de recuerdos también se vive, de manera que no siendo ni pudiendo ser tan joven, como es natural, era, en cambio, y sin discusión, más buen mozo, por cuya circunstancia, le llevaba al hijo la media arroba de ventaja. Dormían en habitaciones distintas, pero casi contiguas, y apenas los separaba una pequeña antesalita, común en su servicio a las dos expresadas habitaciones o aposentos. No pasaban dos meses de la adquisición de un traje nuevo para el papá, sin que se repitiese la aparición de otro, mientras que para el hijo, menos abundante de recursos, apenas lograra un traje para cada estación del año, y gracias sean dadas

En el rostro del señor Bengoa podía observarse la curiosidad de que parecía dominado por explicarse a dónde iba a parar Barbarito con su peroración.

Este continuó, sin parar atención a lo que pudiera decir o expresar el rostro de su interlocutor:

—El joven don J. llegó a persuadirse un buen día que si su progenitor gozaba de un verdadero privilegio sobre él, de poder cambiar de traje seis veces en un año, él podía hacer otro tanto por medio de la teoría de la *coparticipación*. Por vía de ensayo madrugó una mañana, encapillándose el último traje nuevo de su papá; dejó en su lugar el de su uso, incluso sombrero y botas fuertes, lanzándose después a la vía pública, para regresar a su casa después de dadas las 12 de la noche de ese día, y haber almorzado y comido en la *Confitería Oriental*, acompañado, como de costumbre, de varios amigos, con quienes hacía largas y amenas sobremesas.

El señor Bengoa no pudo menos de reír con el relato de este caso de *coparticipación* entre padre e hijo, agregando después:

—Todavía en este caso, entre padre e hijo, podría admitirse su teoría, porque al fin, todo quedaría en casa, pero... entre extraños, no sería lo mismo...

—¿Cómo no?; exactamente lo mismo, y si no óigame usted un momento más... y habrá quedado convencido de la exactitud de mi teoría, porque en el caso que voy a relatarle, y que es tan verdadero e histórico como el anterior, me valdré del testimonio elocuente de dos *irracionales*.

—¿Qué diablo de solfa es ésta — exclamó Bengoa — con la cual quiere usted reducirme a prestar sanción y acatamiento a sus raras doctrinas? ¿En librotos viejos o nuevos las ha bebido usted, Barbarito?...

—Allá verá... y ahora me permito rogarle se sirva prestar mayor atención a mis palabras, que la que se ha servido prestarles antes.

—Se la prestaré, no abrigue usted duda.

X

"Como Tú" y "Menelik"

—Hace tiempo, mucho tiempo, era yo niño todavía, cuando, según referencias, en la casa-habitación de un apreciable caballero, llamado Calisto Berdeyún, existía un perro, ni grande ni chico, color blanco, que solía mostrarse en la puerta de calle y pasear la acera, haciendo arrumacos a las perras de la vecindad y algunas veces y por equívocación, a los perros como él.

—¡Vaya con Dios!...—murmuró Bengoa, riendo otra vez... — ni el olfato le valió al pobrecito.

—Ese perro, "Como Tú" se llamaba.

—¿Cómo es eso?...

—Disculpe usted, — continuó Barbarito,—pero no hay alusión personal. "Como Tú" era el nombre del perro, y por consiguiente, no debe darse usted por aludido...

—Gracias... gracias por la salvedad...

—"Como Tú" era un animalito manso y muy

paciente, como más tarde se encargó de demostrarlo; los de la casa jugaban con él a toda hora, y esta intimidad no le produjo sino caricias y buenas hojaldres y bizcochuelos con que se le regalaba el hocico, pero... ¡malditos peros!, en mala hora se trajo a casa un pequeño mono, al cual se le llamó "Menelik".

—¡Oiga! — observó Bengoa, — ya veo que fué bien bautizado.

Barbarito continuó imperturbable:

—Si bueno, saltarín y juguetón era el perro, más resultó serlo el mono; así es que, uno y otro, verse, comprenderse y corresponderse, todo fué uno: empezaron por dar saltos mortales en un sentido y otro con quiebras de trampolín sobre un tablón del corral. De los ensayos a pie sobre el terreno, en un momento dado, pasaron a lo ecuestre, y cuando el perro acordó, "Menelik", valido de un salto airoso se le encaramó, apoyando su cáustica y sospechosa asentadera en el lomo del improvisado flete; cruzó después sus patas traseras por salvo sea el lugar, y por último, enroscó su larga cola con la de "Como Tú", que no atinaba a explicarse lo que le pasaba. Aparte de la audaz encaramada, lo que más molestia y contrariedad le produjo, fué la cola del jinete, que le hizo perder la noción de la existencia de la suya propia, y cierto cosquilleo a que no estaba habituado; y como esto, al fin llegó a impacientarle, dió un salto brusco con una quebrada a un lado, que tiró al jinete a tierra; y por un momento éste por un lado y "Como Tú" por el

otro, quedaron abstraídos y en completo reposo, tendidos en un cantero del jardín en que ambos entraron a habitar juntos desde el día de la primera entrevista....

—Pero, dígame usted...

—Permitame continuar, señor Bengoa, que recién empieza lo bueno, — observó Barbarito; y sin esperar la conformidad o protesta de aquél, continuó en esta forma:

XI

Fin lamentable de "Como Tú"; "Menelik" desmontado y moralejas de Barbarito

Por aquel día, ya avanzada la hora, pues el mono había llegado casi a la entrada del sol, las penas del perro se habían reducido a lo que usted ya conoce, pero al día siguiente, apenas salió de la perrera... ¡tras!... el mono, sin más ceremonias que un brinco, se le arganeó por segunda vez. Inútiles fueron los gruñidos, saltos y hasta mordiscos con que pretendió librarse de aquel socio y copartícipe improvisado, pues éste sabía guardarse muy bien de las aviesas intenciones del perro, que al fin reconociendo su impotencia, se rindió con la carga a cuestas y *la cola entre las piernas*. El maldito rabo del macaco, más largo que el suyo, era lo que más le contrariaba, haciéndole insoportable su situación.

Así, continuaron los días, y para abreviar diré, que las semanas y los meses, hasta que el pobre "Como Tú" empezó visiblemente a enflaquecer y

casi a rozar el suelo con el hocico. Agotados todos los recursos para desentenderse de aquella servidumbre molesta, sin conseguirlo, recurrió al último que le había sugerido su desesperación, metiéndose de pronto bajo los estantes, roperos y otros muebles que le daban cabida para hacerlo, logrando así descansar algunos momentos, libre de su malhadada carga; pero salir del escondite y trepársele de nuevo el jinete, todo era uno. A la par de la flacura del pobre perro, se agregó la peladura de su lomo, ofreciendo éste el aspecto de una superficie sonrosada y al parecer, lustrada a muñeca... Por último, "Como Tú" no pudo más, y poco tiempo después, sin consuelo a su mal y sin fuerzas de resignación ni físicas para resistirlo, una mañana amaneció muerto en el corral.

—¡Pobre "Como Tú"! — exclamó el señor Bengoa, — ¡y cómo no se le auxilió en situación tan precaria?

—Es que nadie le dió importancia... y como las relaciones de "Como Tú" y "Menelik" hacían gracia...

—Vamos, comprendo..., pero al fin — agregó Bengoa, — ¡qué sacamos en consecuencia de sus moralejas?

—Pues, ¡vaya una pregunta!... Pues, lo que sacamos es que, si los ejemplos del charlatán de la Plaza Independencia; de N. Garzón, imitando al poeta Guido, y el que ofrecieron los H., padre e hijo, tratándose, como se trataba, de seres racionales, prueban a la evidencia la exactitud de la teoría de la *coparticipación*, que vengo sosteniendo.

—el cuadro elocuente que nos ha ofrecido “Mene-lik” en su *coparticipación* con el pobre “Comc Tú”, sólo auxiliado del simple instinto, vale por todos aquellos testimonios y tantos otros, que podría someter a su consideración, como prueba concluyente de la *verdadera* verdad que encierra la teoría en que he sido actor y propagandista entusiasta.

.....
Han transcurrido treinta años y Barbarito Tremoleras, no es ya dependiente de botica... es médico... como podría ser nadador con boyas o vejigas, que eso de nadar a pulso, se deja para los naufragos.

En su actuación profesional, salvo muchos diagnósticos equivocados y operaciones malogradas, se ha asegurado una posición relativamente buena, corrigiéndose de algunos de sus defectos de carácter, pero siempre conserva su lengua viperina, sus ideas socialistas y una protesta viva para todo aquello que no cuadra a sus designios y caprichos.

CAPITULO VII

Origen de una Ley

Por el que se demuestra, que no siempre la fuerza prima sobre el derecho

I

El Fuerte de San José

No son muchos los hombres de las últimas generaciones que alcanzaron el antiguo Fuerte de San José, ubicado hasta 1881, al Oeste de la localidad que actualmente ocupa el ex balneario y edificio destinado a hotel de la sociedad anónima, que representó el coronel argentino don Carlos Gaudencio.

El referido Fuerte databa de la época colonial, y fué construído poco después del Cabildo y de la antigua Ciudadela, convertida un buen día en el mercado, llamado *Viejo*, que había de ser sustituído medio siglo más tarde, por el montón de piedras y ladrillos, que constituye hoy el llamado *Mercado Nuevo*, equivalente a uno de nuestros más notables adefesios.